

14

Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

Enero - Junio, Año 2017 - Tunja, Colombia

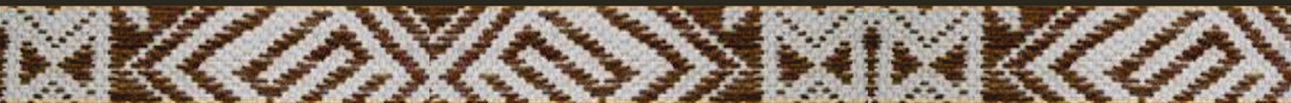
Reflexiones sobre el concepto *cultura política* y la investigación histórica de la democracia en América Latina

<http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5820>

Adriana Rodríguez Franco

<http://orcid.org/0000-0003-4550-1354>

Páginas: 205-247



Reflexiones sobre el concepto *cultura política* y la investigación histórica de la democracia en América Latina*

Adriana Rodríguez Franco¹
Universidad de los Andes – Colombia

Recepción: 27/04/2016
Evaluación: 29/08/2016
Aprobación: 16/09/2016
Artículo de Investigación e Innovación.

DOI: <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5820>

Resumen

Este artículo tiene como objetivo reflexionar sobre cómo el concepto *cultura política* se ha constituido en una herramienta analítica fundamental para la historia política y, específicamente, para la historiografía que se ha dedicado en las últimas dos décadas al estudio de la instauración y desarrollo de la democracia en América Latina. Para tal fin, el texto se enfocará en el tránsito de dicha categoría desde la ciencia política hacia la historia y la forma en que esta se ha adaptado a las necesidades de interpretación histórica de

* El artículo es resultado de la investigación para la tesis doctoral en Historia de la Universidad de los Andes titulada «Democracia, elecciones y movilización política en Colombia, 1903-1939». La investigación inició en agosto de 2014 y finalizará en julio de 2018.

1 Historiadora y magíster en Historia con énfasis en Historia Política y Social de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Integrante de la línea de investigación en Historia Política y Social del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Se ha desempeñado como docente de la Universidad del Rosario y de las universidades Autónoma de Colombia y Antonio Nariño. Sus intereses investigativos se concentran en la historia política colombiana del siglo XX, la historia electoral, la historia de la prensa y el *gaitanismo*. Correo electrónico: arodriguezfr@gmail.com ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-4550-1354>

las realidades políticas occidentales y latinoamericanas. Se pondrá de relieve que dicho tránsito no ha estado exento de cuestionamientos y debates, pero definitivamente ha sido un factor clave en la renovación de los estudios historiográficos sobre *lo político* y, particularmente, para el posicionamiento de la democracia como objeto de estudio de la historiografía latinoamericana.

Palabras clave: cultura política, democracia, historiografía, ciencia política, América Latina.

Reflections on the Concept of Political Culture and Historical Research on Democracy in Latin America

Abstract

The objective of this article is to reflect on the concept of political culture as a fundamental analytical tool for studies in political history and specifically historiography. In the last two decades, this concept has been used for the study of the establishment and development of democracy in Latin America. The present text will focus on the movement of this category from Political Science to History, and the way in which it has been adapted to the needs of the historical interpretation of Western and Latin American political realities. This movement has not been exempt from questioning and debates; nevertheless it has been a key factor in the renovation of historiographic studies on political issues, particularly related with the positioning of democracy as an object of study in Latin American historiography.

Key words: Political Culture, Democracy, Historiography, Political Science, Latin America.

Réflexions sur le concept de culture politique et la recherche historique sur la démocratie en Amérique latine

Résumé

Pendant le premier gouvernement péroniste (1946-1952), la loi instituant le suffrage féminin en 1947 et le leadership d'Eva Perón accentuent la mobilisation et l'institutionnalisation partisane des femmes. 1949 voit la création du Parti Péroniste Féminin en tant que force autonome, puis d'unités de base féminines indépendantes et formellement séparées des masculines par des réglementations spécifiques. Cependant, dans des localités rurales les sources montrent l'existence des liens unissant les espaces masculin et féminin, selon des règles informelles supportées par un réseau personnel communautaire et familial, de confiance et réciprocité. L'existence de frontières très diffuses entre le public et le privé propres à la sociabilité rurale aurait contribué à ce phénomène. Puisque la superposition d'espaces d'action social et politique entre genres mérite une analyse spécifique, nous voulons réfléchir –dans un cadre microhistorique– à propos des relations existantes entre les deux branches du mouvement péroniste, à partir de l'analyse d'histoires de vie, photographies, archives personnelles, presse et documents relatifs au parti.

Mots-clés: péronisme, espace public, sociabilité politique, rural, genre.

1. Introducción

El argumento del artículo girará alrededor de dos ejes: en primer lugar, los asuntos teóricos más relevantes para la configuración desde la década del sesenta en la ciencia política de una teoría –la *cultura política*– que le confirió a la variable cultural una posición determinante en la orientación política de las sociedades, su interacción con los sistemas políticos y de regímenes políticos; y, en segundo lugar, los cambios a

nivel conceptual que vivió la cultura política desde la década del ochenta en su proceso de adaptación y aplicación en la investigación histórica, interesada esta en explicar la acción política de los individuos y las comunidades a partir de la existencia de marcos culturales que le otorgan sentido a dichas acciones. Ese trasegar disciplinar y epistemológico de la cultura política ha facilitado su ampliación y enriquecimiento teóricos, pero también la ha sometido a la laxitud e, incluso, a la ambigüedad². De hecho, este ensayo se plantea como tesis el que la asimilación de la cultura política por parte de la historiografía política de la democracia latinoamericana se ha limitado a su dimensión descriptiva como concepto, restringiendo así su alcance analítico como teoría³. Aunque este no es un problema que concierna exclusivamente a esta línea de investigación, si es posible identificar que los desarrollos teóricos sobre la cultura política propuestos desde la historia no necesariamente han tenido un impacto en el abordaje histórico de la política y la democracia en América Latina, a pesar de que un sinnúmero de investigaciones han pretendido inscribirse en la señalada renovación historiográfica de *lo político*⁴, propiciada por su encuentro con *lo cultural*.

2 Gran parte de las dificultades se deben a que «en lugar de un único concepto de cultura política, nos encontramos con varios. Ello se debe a que el concepto ha sido definido y utilizado en contextos teóricos e historiográficos diversos». Miguel Ángel Cabrera, «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en *Culturas políticas: teoría e historia*, eds. Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» (CSIC) / Excm. Diputación de Zaragoza, 2010), 19.

3 Esto no significa que se desconozca la existencia de *teorías descriptivas*, cuyo objetivo es «determinar, describir y ordenar las circunstancias sociopolíticas». Estas teorías, de carácter inductivo, buscan plantear generalizaciones a partir de la verificación empírica sustentada en estudios de caso o análisis comparativos. Dieter Nohlen, *Ciencia política comparada. El enfoque histórico-empírico* (Bogotá: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Universidad del Rosario, 2014), 26.

4 Según Pierre Rosanvallon *lo político* se diferencia de *la política*. *La política* remite a la competencia por el poder, la acción gubernativa del Estado y al funcionamiento de las instituciones. *Lo político* se entiende como un «lugar donde se entrelazan los múltiples hilos de la vida de los hombres y las mujeres, aquello que brinda un marco tanto a sus discursos como a sus acciones», y también como un «proceso por el cual un agrupamiento humano, que no es en sí mismo más que una simple 'población', toma progresivamente los rasgos de una verdadera comunidad». Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003), 15-20.

Para cumplir con sus objetivos, el documento está organizado en tres partes: la primera da cuenta de los primeros desarrollos de la cultura política como teoría de la ciencia política, proyectada en 1956⁵ por Gabriel A. Almond, autor pionero con Sidney Verba en la caracterización de la *cultura cívica* como el «tipo ideal» de cultura política. Se destaca cómo para la cultura política tuvo importantes implicaciones en sus alcances analíticos e, incluso, normativos, el que se definiera inicialmente como una tipología específica de sí misma –la democracia contemporánea–⁶. El segundo apartado se ocupa de las principales transformaciones que vivió el concepto *cultura política* al ser acogido por la historia a partir de los años ochenta, momento en que hasta cierto punto la ciencia política ya se había distanciado de dicho concepto como teoría. Allí se intentará destacar la forma en que la adopción del concepto resulta acomodarse a los desarrollos historiográficos de ese periodo. Finalmente, en su último apartado el ensayo establece el vínculo entre cultura política y el renacimiento del interés por el estudio de la democracia. Se espera evidenciar cómo, a finales de los años ochenta, la ciencia política en Latinoamérica retomó y reconfiguró teóricamente la cultura política con el fin de estudiar el retorno de varios sistemas políticos a la democracia.

2. La cultura política como teoría de la ciencia política

Con miras a consolidar un enfoque comparado y lograr verificar empíricamente sus hipótesis, hacia mediados del siglo XX la ciencia política se dispuso a clasificar las sociedades de acuerdo a sus sistemas políticos. Los objetivos de estas clasificaciones se fueron complejizando, por lo que su propósito ya no era «realizar un vasto inventario jerarquizado de las similitudes y divergencias comprobables de un sistema político a otro, sino revelar ese inventario en el conductor de una explicación

5 Gabriel A. Almond, «Comparative Political Systems», *The Journal of Politics* 18: n° 3 (Aug. 1956): 391-409.

6 Norbert Lechner, Presentación a *Cultura política y democratización*, comp. Norbert Lechner (Santiago: FLACSO / CLACSO / ICI, 1987) 10.

de los procesos sociales»⁷. Este ánimo de la ciencia política por explicar los procesos sociopolíticos facilitó su encuentro e intercambio con las ciencias sociales, especialmente con la sociología, la antropología y la psicología social; de hecho, muchas investigaciones realizadas en los años cuarenta y cincuenta sobre el respaldo masivo a los regímenes fascistas se basaron en la teoría psicocultural y, a pesar de que pronto se consideró «obsoleta», de ella derivan los desarrollos de dos de las líneas teóricas más importantes para la ciencia política a mediados del siglo XX: los estudios de liderazgo (enfocados en la personalidad) y la cultura política (preocupada por las tendencias grupales)⁸.

El término *cultura política* comenzó a ser utilizado con cierta frecuencia en estudios politológicos e históricos desde los años cuarenta⁹. En 1956 Gabriel A. Almond bosqueja la definición de cultura política, el que sería el núcleo de su actividad académica en las siguientes décadas: «Cada sistema político está incrustado en un patrón particular de orientaciones a la acción política. He encontrado útil referirme a eso como la *cultura política*»¹⁰. En ese artículo Almond trata de establecer los límites de la cultura política al diferenciarla de nociones generales como cultura o sistema político. Allí se puede observar la inclinación del autor por considerar la cultura política como una *orientación*, que incluye los procesos de cognición, intelección y adaptación de los individuos a situaciones externas y a los valores de la cultura general.

7 Juan de Dios Pineda Guadarrama, «Estudio introductorio,» en *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, Gabriel Almond, 1ª ed. en inglés 1990 (México: Colegio Nacional de Ciencias Políticas / Fondo de Cultura Económica, 1999), 7 y 10.

8 Gabriel A. Almond, «El estudio de la cultura política,» en *Una disciplina segmentada...* 202-203.

9 Miguel Ángel Asensio registra que la obra de H. Finer, *Governments of Greater European Powers: A Comparative Study of the Governments and the Political Culture of Great Britain, France, Germany and the Soviet Union* (1956) incluyó el concepto «por vez primera», pero este no fue definido por el autor. Miguel-Ángel Asensio Soto, «Ciencia política y cultura política,» *Revista Española de la Opinión Pública*, nº 33 (1973): 113.

10 Almond, «Comparative Political...» 396.

La cultura política, como idea implícita, no es ajena ni al pensamiento clásico ni al moderno. Almond, al referenciar «la prehistoria de la cultura política», registra cómo para autores como Aristóteles, Platón, Maquiavelo, Montesquieu o Rousseau los valores morales y religiosos son fundamentales en la estabilidad de la República, aunque subraya que estos aspectos eran tratados por estos autores «de una forma más anecdótica e ilustrativa que analítica»¹¹. Sin duda, un antecedente muy relevante para la definición de la cultura política es la obra de Alexis de Tocqueville sobre la democracia en los Estados Unidos y la Revolución Francesa, ya que en su argumento revisten gran importancia las costumbres de pueblo y las subculturas políticas como causas, en un caso, de la estabilidad democrática norteamericana y, en el otro, de la acción política de campesinos, burgueses y aristócratas franceses durante la Revolución.

En general, el pensamiento liberal ilustrado fue uno de los fundamentos inspiradores de la cultura política, al tomar como tipos ideales las sociedades con sistemas políticos democráticos representativos y de participación¹². Otra de las principales deudas intelectuales de la cultura política es con la tradición sociológica europea, especialmente la de Talcott Parsons; aún más, la cultura política se reconoce como heredera de los postulados del estructural funcionalismo de Parsons, dada su inclinación a reconocer la sociedad como un sistema complejo y a destacar la importancia de la acción social en el marco de los cuatro subsistemas que contiene el sistema de acción, uno de los cuales es la cultura¹³.

Almond y Verba con la obra *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (1963) abrieron formalmente el campo de investigación sobre la cultura

11 Almond, «El estudio de la cultura...» 198.

12 Óscar Mejía Quintana et al., «Cultura política, ciudadanía y democracia. Retos y perspectivas en la construcción de una democracia disputatoria en Colombia,» en *Serie Cuadernos de Ciencia Política* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, 2005), 13.

13 Kim Young C., «The Concept of Political Culture in Comparative Politics,» *The Journal of Politics* 26, n° 02 (1964): 335.

política en la politología occidental durante la segunda mitad del siglo XX. Efectivamente, *The Civic Culture* posicionó a la cultura política como un enfoque analítico destinado a explicar las condiciones de posibilidad de las sociedades democráticas, es decir, determinar el porqué unas sociedades lograron disfrutar de una *cultura cívica* y otras no. Se puede observar así una insatisfacción con las explicaciones de orden institucional o material de la política tradicional, trasladando su interés por el comportamiento de los individuos orientado a la política; precisamente, una de sus preocupaciones centrales fue hacerle seguimiento al comportamiento electoral, lo que se convertiría en una de sus mayores fortalezas metodológicas¹⁴.

Las inquietudes alrededor de temas como la conducta no eran extraños para las ciencias sociales durante la primera mitad del siglo XX, y los aportes del psicoanálisis y la antropología cultural sobre esta materia habían influido en muchos politólogos comprometidos con la búsqueda de una explicación para las diversas actitudes y comportamientos políticos¹⁵. Es así que muchos autores reconocen en el conductismo (así como en el funcionalismo) una de las principales influencias intelectuales, no únicamente en obra de Almond y Verba sino en la propuesta de la cultura política en general.

En su obra conjunta, Almond y Verba proyectaron su definición de cultura política retomando el enfoque de las *orientaciones* psicológicas:

[la cultura política] se refiere a orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema [...] Es

14 La propuesta metodológica de conjugar las encuesta y el estudio de la participación electoral con miras a medir los niveles de participación política, ya había sido diseñado por B. Berelson en el estudio *Voting*, publicado en 1955. Sonia Milena Jaimes Peñaloza, *Teatrocracia y legislación electoral colombiana 1886-1938. Un estudio sobre cultura política y democracia* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2012), 23.

15 Jaimes Peñaloza, *Teatrocracia y legislación electoral*, 19-22.

un conjunto de orientaciones relacionadas con un sistema especial de objetos y procesos sociales¹⁶.

Por un lado, la *orientación* «se refiere a los aspectos internalizados de objetos y relaciones», y puede ser de tres tipos: *cognitiva*, *afectiva* y *evaluativa*¹⁷. De otro lado, los *objetos políticos* estarían constituidos por el sistema político global (Estado, nación, marco constitucional); la percepción de «uno mismo» en el sistema; los objetos políticos «inputs» (estructura, procesos de decisión y roles políticos); y los objetos políticos «outputs» (decisiones de tipo administrativo o de gobierno)¹⁸.

La gran preocupación de Almond y Verba es detectar las variables que explican la estabilidad o la inestabilidad de los sistemas políticos, especialmente del democrático. Este rasgo dependería de la congruencia o incongruencia entre la cultura política y la estructura política, y no de la variabilidad o alternancia de los regímenes políticos. De esta forma, la cultura fue erigida por ellos como variable independiente de la estabilidad o inestabilidad política, y el mundo contemporáneo estaba plagado de ejemplos con los que podían demostrar la validez de su teoría. Ni las instituciones, ni las constituciones,

16 Gabriel A. Almond and Sidney Verba, *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. 1ª ed. 1963 (Newbury Park: Sage Publications, 1989), 13.

17 Aquí Almond y Verba se «apropian» de la clasificación de la acción social postulada por Parsons. Javier de Diego Romero, «El concepto de 'cultura política' en ciencia política y sus implicaciones para la historia.» *Ayer* n° 61 (2006): 237.

18 Estas aclaraciones sobre los tipos de orientación y objetos políticos son primordiales para comprender la tipología propuesta por los autores para la cultura política: de tipo *parroquial* –caracterizada por una disposición muy baja a los objetos políticos y la ausencia de expectativas frente al sistema político–; de *súbdito* –que registra más orientación hacia el sistema político y administrativo, pero que tiene poco interés por los objetos políticos y la posición de «uno mismo»–; y de *participación* –en la que se observa una fuerte orientación hacia los cuatro tipos de objetos políticos–. Almond and Verba, *The Civic Culture*, 15, 16-19. Los autores eran conscientes de que estos tipos-ideales no coinciden con la realidad de la mayoría de las sociedades, por lo que aclaran que lo observable en dicha realidad son una especie de «culturas mixtas», en las que se pueden hallar rasgos de las tres culturas políticas, pero en las que predomina una tipología sobre las otras dos. Mejía Quintana, «Cultura Política, ciudadanía.» 15. En este marco, la *cultura cívica* se plantea como una mixtura de los tres tipos de cultura política, con una mayor prevalencia de la de participación –en congruencia a una estructura política democrática. Existen también otros tipos de cultura política mixtos: parroquial súbdito, súbdito participante, parroquial participante. Almond and Verba, *The Civic Culture*, 22-26.

ni mucho menos el desarrollo económico parecían resolver el enigma de la existencia o inexistencia de la cultura cívica, base de la cultura política democrática.

Un año después de la publicación de *The Civic Culture*, Verba publicó un artículo en el que plasmó algunas precisiones y ampliaciones sobre el estudio de la ciencia política desde la cultura política. En esta oportunidad, el autor plantea una definición de cultura política en la que hay un desplazamiento del eje de las orientaciones, al considerarla como «sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores, que definen la situación dentro de la cual se da la acción política. Proporciona la orientación subjetiva de la política»¹⁹. De acuerdo a esto, cobran cada vez más relevancia en la definición la dimensión de las *creencias* –las cuales pueden ser de tipo empírico, valorativo y emocional– y de la *cultura* –entendida como un sistema de creencias compartido por un grupo y que se convierte en uno de sus distintivos–²⁰. A esta caracterización de la cultura, tomada de la antropología, Verba agrega la aclaración que para la cultura política importan las creencias que no necesariamente son compartidas por todo un grupo, lo que se puede hacer manifiesto en las sociedades complejas de los Estados-nación. Es aquí donde se incorpora a la teoría el problema de las *subculturas políticas*, insinuado ya en *The Civic Culture*²¹.

De ninguna manera la acogida de la cultura política llevó a que su marco teórico haya permanecido intacto; por el contrario, en muchos casos los continuadores de la teoría de la cultura política partieron del reconocimiento de sus limitaciones, desventajas e, incluso, sus errores. Por ejemplo, muchos investigadores se dedicaron a verificar empíricamente

19 Sidney Verba, «El estudio de la ciencia política desde la cultura política,» *Revista de Estudios Políticos*, n° 138 (1964): 5.

20 Verba aclara: «Utilizo, además, el término ‘creencias’ con preferencia al de ‘actitud’ u ‘opinión’ porque me interesa un tipo de pensamiento más profundamente arraigado y más general del que estos dos últimos términos suponen». Verba, «El estudio de la ciencia política,» 8 y 17.

21 Verba «El estudio de la ciencia política,» 18 y Almond and Verba, *The Civic Culture*, 26-29.

las aseveraciones realizadas sobre la cultura política de las cinco naciones estudiadas por Almond y Verba en *The Civic Culture* (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia y México), para concluir que muchas de ellas eran erróneas. En ese sentido, se pudo esclarecer que el método de la encuesta no era infalible, sino que se trataba de una herramienta fácilmente maleable de acuerdo con los intereses de los investigadores, de tal forma que se hizo frecuente que los resultados de investigaciones similares fueran contradictorios²².

Una de las críticas –o aún mejor, polémicas– que generó el enfoque de Almond y Verba tiene que ver con su tendencia a establecer una jerarquización cultural de las sociedades de acuerdo con su cultura política, pues, desde esta perspectiva, el sistema cultural anglosajón se presenta como «superior» debido a su tendencia a la estabilidad democrática. Por esta razón, muchos observadores estuvieron en la capacidad de afirmar que el planteamiento de la cultura cívica no solo respondía al marco político de la Guerra Fría y al ánimo de diferenciar las naciones democráticas de las del bloque socialista, sino que «podría llegar a ser una ideología más encubridora de unos intereses concretos»²³. La tendencia de sus precursores a exaltar la modernidad democrática anglosajona generó cuestionamientos en relación con la operatividad analítica de los conceptos *cultura cívica* y *cultura política*, ya que a estos se les endilgó un carácter normativo dispuesto para evaluar la «personalidad» de las distintas comunidades políticas²⁴. De esta manera, en tanto declinaban las teorías de la modernización, se hacían más contundentes las críticas a las tesis de *The Civic Culture* y a las de sus seguidores, tal vez con la excepción de los países asiáticos y los Estados comunistas, lugares en que la cultura política, paradójicamente, se siguió cultivando con entusiasmo.

22 Almond, «El estudio de la cultura...» 198, 201 y 205. Almond compara los avances en el campo de las encuestas con la invención del microscopio para la ciencia.

23 Asensio Soto 127.

24 De Diego Romero, «El concepto de,» 238 y Lechner, Presentación, 10.

Los detractores de la cultura política se encargaron de poner de relieve su ambigüedad como concepto, el cual se originaba en la misma polisemia de la noción de *cultura*²⁵. Es más, se empezó a cuestionar lo problemático que resultaba determinar la forma y la intensidad de la influencia de la cultura en la orientación de la conducta de los individuos, en la medida en que en muchos casos resultaba más evidente su conexión con aspectos ambientales o incluso materiales. Precisamente, gran parte de las críticas a la concepción de Almond y Verba de la cultura política se concentraron en la centralidad que le otorgaban a la orientación psicológica como base de la conducta²⁶, pues es claro que la propuesta de la cultura política como orientación le debía mucho al conductismo como ciencia del comportamiento, despertando una considerable cantidad de críticas dentro y fuera de la ciencia política²⁷.

Para la década del setenta parecía que la cultura política había sido desplazada por el renacer del marxismo y las teorías de la elección racional (individualismo metodológico). Sin embargo, a finales de la siguiente década el cambio en el contexto histórico mundial contribuyó a que se retomaran los aportes de la cultura política. Acontecimientos como la pérdida de confianza en el sistema político y la democracia norteamericana por parte de sus propios ciudadanos, la crisis del sistema comunista en Europa del Este y la dinámica sociopolítica y económica de los países del Tercer Mundo pusieron en la arena nuevamente problemas como la modernización y la estabilidad democrática.

25 Para un recorrido detallado de la relación entre cultura política y la historia social ver Ingrid Johanna Bolívar, «La interacción histórica entre política y cultura,» En *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, ed. César Augusto Ayala Diago (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 361-385.

26 De Diego Romero, «El concepto de,» 236.

27 Sin embargo, la corriente conductista contó con seguidores muy influyentes en la academia norteamericana como Harry Eckstein, Lucien Pye y Robert Dahl, quienes mantuvieron su adscripción al modelo conductista en su concepción de la cultura política, concibiéndola como «sentimientos subjetivos, actitudes y consiguientes conductas» y «fuerzas psicológicas subyacentes». Margaret R. Somers, «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos,» *Zona Abierta*, núms. 77-78 (1996): 42-43.

Algunos autores retomaron la cultura política a partir de unos intentos de reconceptualización de la *cultura*, la cual tuvo repercusiones en toda la ciencia social y en la ciencia política en particular²⁸. A partir de la influencia del antropólogo Clifford Geertz, la cultura ya no fue entendida exclusivamente como la causa de la conducta, sino que se asumió como un contexto de significados a partir del cual se le asigna sentido a todo. Los temas centrales de la cultura política ya no serían las orientaciones y el comportamiento de los ciudadanos en el marco de los procesos electorales o su apoyo al sistema político, sino todo aquello que estuviera en capacidad de expresar significado, como los símbolos, los discursos, los rituales, los espacios de socialización, etcétera²⁹.

3. La cultura política como concepto de la historia

El enfoque interpretativo o hermenéutico de la cultura política no fue cultivado por los politólogos, sino que fueron los antropólogos y los historiadores quienes retomaron y replantearon sus fundamentos epistemológicos y metodológicos. Por ejemplo, se reafirmó la tesis de que la cultura política no se puede pensar en singular y que las múltiples *culturas* y *subculturas políticas* son construidas social e históricamente por actores –individuales y colectivos–³⁰. Las innovaciones teóricas y metodológicas en relación con la cultura se retroalimentaron con las nuevas inquietudes sobre *lo político*, que provenían de distintas disciplinas. En el caso de la historia, se observará cómo se dio la conjunción entre cultura y política, que redundó en beneficio

28 Stephen Chilton, «Defining Political Culture,» *The Western Political Quarterly* 41, n° 3 (1988): 445. Este autor aún se inclinaba por estudiar las estructuras cognitivas de las culturas políticas, las cuales son fundamentales por su continuidad en el tiempo.

29 De Diego Romero, «El concepto de,» 240.

30 Según María Luz Morán, «[...] el concepto de cultura política casi desaparece de la literatura académica, ya que no es empleado en los estudios sociopolíticos al menos desde mediados-finales de los años ochenta». «Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos,» en *Culturas políticas: teoría e historia*, eds. Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso (Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 2010), 87.

de una renovación historiográfica de la historia política³¹. No obstante, el debate sobre la ambigüedad y maleabilidad del concepto *cultura política* no se resolvió con su tránsito de las ciencias políticas a las ciencias sociales.

El «giro cultural» de principios de los años ochenta impactó en el conjunto de las ciencias sociales y las enfrentó al reto de concebir la cultura como un sistema simbólico, lingüístico y de representaciones³². Este movimiento impulsó a la historia a un «giro historiográfico», que se caracterizó por contener una multiplicidad de aproximaciones, fuentes, referentes y metodologías. Pese a esta diversidad de enfoques, es posible reconocer la existencia de una orientación común: el abordaje de la cultura como un contexto de significados y no como una variable independiente de los acontecimientos, las instituciones y la conducta³³. Para los seguidores de dicho giro culturalista, la historia social había demostrado su incapacidad para entender la cultura como algo más «fragmentado y procesual» y no como una realidad «unificada y sustantiva»³⁴.

31 Emilia Viotti da Costa manifiesta tener muchas reservas con los beneficios que pudo haber acarreado para la historiografía la conjunción entre cultura y política. Emilia Viotti da Costa, «New Publics, New Politics, New Histories,» en *Reclaiming the Political in Latin American History*, ed. Gilbert M. Joseph (Durham and London: Duke University Press, 2001), 17-31.

32 Aquí se acoge la idea del giro cultural y no la del giro lingüístico, pues la primera da una visión más amplia del cambio intelectual que se gesta en la teoría social desde la década del setenta. Victoria E. Bonnell and Lynn Hunt, Introduction to *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture* (Los Angeles: Universidad de California, 1999), 1-32. Las autoras identifican dos de los principales referentes del «giro cultural» o «giro lingüístico»: en primer lugar, la obra de Hyden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX* y *La interpretación de la cultura* de Clifford Geertz, ambos publicados en 1973. También reconocen el cambio en el panorama intelectual fomentado por los trabajos publicados en esos años por Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jacques Derrida, Marshal Sahlins, Raymond Williams y, especialmente, Michel Foucault.

33 De Diego Romero, «El concepto de,» 248-249.

34 Alfonso Mendiola, «El giro historiográfico,» *Historia y Grafía*, n° 15 (2000): 181-208. Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada, «En pocas palabras y en muchas palabras: una perspectiva pragmáticas de las culturas políticas, en especial para la historia moderna de los Andes,» en *Cultura política en los Andes: (1750-1950)*, 1ª ed. en inglés 2005, eds. Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (Lima: Fondo Editorial UNMSM / Instituto Francés de estudios Andinos, 2007), 22.

El impulso del giro cultural llegó hasta los terrenos de la historia política, la que se encontraba en un proceso de renovación y redefinición para superar la relativa marginación a la que estuvo sometida ante la preeminencia de la historia social y económica durante buena parte del siglo XX. A principios de los años noventa, el historiador francés Jean-François Sirinelli señalaba categóricamente que la renovación en la historia política era un hecho evidente, aunque no se podía proclamar triunfante. También era contundente al indicar que no se trataba de una ruptura historiográfica sino de un cambio en la forma en la que se observaba *lo político*. Al respecto anticipaba que los caminos por los cuales transitaría la historia política desde entonces serían dos: el de la *cultura política* y el de las *representaciones* (noción cercana a la de «mentalidades»³⁵). Sirinelli registraba cómo la cultura política es resultado de una «alquimia compleja» entre la política y la cultura, a la vez que las representaciones se constituyen en el conjunto de creencias y valores que conforman esa cultura política³⁶.

También convergieron en esa oportunidad las perspectivas historiográficas de las dos orillas del Atlántico: de un lado, en los Estados Unidos se reexaminó la revolución de independencia a partir del republicanismo como elemento constitutivo de la cultura política norteamericana de los padres fundadores de la patria —enfaticando en la existencia de unos valores culturales que se oponían a los privilegios heredados—³⁷. Por el otro, en el marco de la conmemoración del segundo centenario de la Revolución, en Francia la reinterpretación del pasado revolucionario se concentró en «recuperar el carácter fundamental de la Revolución Francesa como un

35 Por medio de la historia de las *mentalidades*, la escuela de los Annales reconsideró el estudio de la historia política a partir de la década del setenta, motivo por el cual Jacques Le Goff en esos años llamó la atención sobre «el regreso de lo político» al campo de la historia. Pilar González Bernaldo, «Maurice Agulhon, un historiador de las mentalidades políticas.» en *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, 1ª ed. en francés 1977, Maurice Agulhon (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009), 17.

36 Jean-François Sirinelli, «El retorno de lo político.» *Historia Contemporánea*, n° 9 (1993): 25, 30-34.

37 Jacobsen y Aljovín de Losada, «En pocas palabras...» 22-23.

fenómeno político»³⁸, superando así la visión que reducía el proceso revolucionario a la difusión de las ideas ilustradas en una realidad sociopolítica objetiva. En efecto, fue la influyente obra de François Furet *Pensar la revolución francesa* (1978) la que puso en el horizonte analítico el poder del lenguaje, el cual se exhibió en la cultura política revolucionaria. En ese contexto, el estatus del lenguaje no sería el de un vehículo transmisor de ideas u opiniones, sino un «factor generador de prácticas e instituciones»³⁹.

El historiógrafo Miguel Ángel Cabrera propuso la existencia de tres tradiciones teóricas e historiográficas en relación con la cultura política; cada tradición reelaboró el concepto, le asignó unos componentes y determinó un objeto de estudio. En primera instancia, se puede reconocer una tendencia concebida por los historiadores políticos, quienes anhelaban renovar la historia de *lo político* a través de un concepto explicativo más amplio que el de «ideología política»; para tal fin, estos historiadores adaptaron el de *cultura política* en un nivel teórico, cuya finalidad sería explicar –desde una perspectiva subjetiva– el comportamiento político de los individuos. Se trata de una teoría de la acción humana, razón por la cual su concepción sobre la cultura política está más cercana a la construida por la ciencia política: «una esfera cultural, compuesta de valores, creencias y actitudes que son compartidos por los miembros de un grupo humano»⁴⁰.

La segunda tradición fue impulsada por los historiadores culturales de la política, para quienes la cultura es una «variable histórica específica en la explicación de la identidad y la práctica políticas», lo que la convierte en un elemento central de la investigación histórica. El concepto cultura política se convirtió en el más adecuado para dar cuenta del ámbito de la cultura y cómo esta influye en las «motivaciones,

38 Keith Michael Baker, «El concepto de cultura política en la historiografía reciente sobre la Revolución francesa,» *Ayer*, n° 62 (2006): 92.

39 Baker, «El concepto de cultura...» 89.

40 Ver nota 1. Cabrera, «La investigación histórica,» 40.

intenciones y objetivos que mueven los actores políticos»⁴¹; precisamente, es la esfera cultural la que posibilita que los sujetos sociales se constituyan en sujetos políticos. A diferencia de la postura teórica de los historiadores políticos –de corte más individualista– para los historiadores culturales de la política existe una relación causal entre la acción política de los individuos y la estructura social; claro está que ese nexo causal está mediado por la cultura.

En tercer lugar, Cabrera destaca la presencia de una teoría que asume la cultura política como discurso. Este, entendido como «el espacio de enunciación de las identidades y los intereses y el que establecer las condiciones de posibilidad de la acción»⁴², se diferencia de la noción «ideas políticas». Con base en esta premisa, los seguidores de esta tendencia plantean que es en la mediación discursiva y no en la mediación cultural donde se origina tanto la acción política como las ideas políticas. En este caso, la cultura política –como entidad discursiva y otorgadora de sentido– se considera un «factor causal» y una «variable explicativa» fundamental de la racionalidad, las motivaciones, las expectativas, las acciones y los conflictos políticos de los actores, razón por la cual merece toda la atención de los historiadores.

La ventaja que ofrece esta clasificación propuesta por Cabrera es que nos permite reconocer cómo el concepto se va transformando en concordancia con el contexto intelectual en el que se expresa su concepción de la historia y de lo político, y de acuerdo a sus requerimientos particulares de orden analítico y metodológico. Lo anterior también permite identificar cómo los aportes de historiadores como Lynn Hunt y Michael Keith Baker a la problematización histórica de la cultura política se inscriben en la segunda y tercera tradiciones respectivamente, por lo que se podría afirmar que sus propuestas conceptuales representan un momento diferente del desarrollo historiográfico de la historia cultural de lo político. No obstante, el mismo Cabrera es explícito al

41 Cabrera, «La investigación histórica,» 59-61.

42 Cabrera, «La investigación histórica,» 68-69.

señalar que la línea que separa esos dos postulados no es muy nítida, por lo que existe una clara continuidad entre los modelos explicativos de ambos autores.

En el prefacio de la edición de *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* de 2004 (su primera edición data de 1984), Hunt subraya el hecho de que la identidad política depende de componentes culturales⁴³. Con la defensa de esta tesis, Hunt se reafirma como seguidora de los lineamientos trazados por Furet a finales de los años setenta y con los que se verificó el desplazamiento de las interpretaciones de la historia social sobre la Revolución Francesa por parte de la historia cultural: «Por entonces, los historiadores habían tomado ‘el giro lingüístico’ y la historia social de la política parecía aburrida en comparación al estudio de la retórica, el ritual y la imaginación, los objetos de la nueva historia cultural»⁴⁴. A partir de ese giro intelectual, se introduce una nueva definición de la cultura política, puesta ahora al servicio de la renovación en la investigación histórica sobre la Revolución. Desde ese enfoque, el análisis de «los modelos políticos y los supuestos culturales» que conformaban la política revolucionaria es, según Hunt, tarea de la cultura política, de la cual hacen parte «los valores, expectativas y reglas implícitas que dan forma y expresan las intenciones y acciones colectivas»⁴⁵.

Entonces, para la historia cultural de lo político concebida por Hunt no es posible deducir la cultura política revolucionaria de las estructuras e intereses económicos o de los conflictos e identidades sociales de los revolucionarios. Su interés tampoco se encuentra en los partidos políticos o los conflictos partidistas, el gobierno o las instituciones. En este sentido, cobran más preeminencia para la detección de dicha cultura política las prácticas simbólicas que la componen, como son el lenguaje, las imágenes y los gestos. En relación con el

43 Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, 1th ed. 1984 (Berkeley: University of California Press, 2004), xi.

44 Hunt, *Politics, Culture, and Class*, xiii.

45 Hunt, *Politics, Culture, and Class*, 10.

lenguaje, la autora encuentra que este es una de las formas de expresión del poder, y que precisamente la Revolución dio lugar a «la creación de una nueva retórica política y el desarrollo de nuevas formas simbólicas de práctica política que transformaron las nociones contemporáneas sobre la política». La cultura política revolucionaria, entendida de esta forma, se transformó en un «instrumento para la renovación de la sociedad», ya que de ella surgieron nuevas relaciones políticas y nuevos tipos de divisiones sociales. Con esto reitera la tesis de que «la Revolución fue, en un sentido especial, fundamentalmente política»⁴⁶, convirtiéndose en una evidencia de «la manera en que el lenguaje opera en la vida social»⁴⁷.

Así, paulatinamente, se fue forjando la corriente de autores que ha otorgado mayor relevancia al discurso como el conjunto de supuestos y conceptos con que los individuos se desenvuelven y experimentan el mundo, con el que forjan sus identidades e intereses y a partir del cual orientan sus acciones⁴⁸. La definición de Baker de *cultura política* es más lingüística, pero está cimentada sobre una concepción de la política como un escenario de reclamos, de demandas. En *Inventing the French Revolution* (1990) afirma:

Yo concibo la política como algo sobre la formulación de demandas; como la actividad a través de la cual los individuos y los grupos de cualquier sociedad articulan, negocian, implementan y hacen valer las demandas respectivas que se hacen entre ellos y el conjunto. La cultura política es, en este sentido, el conjunto de discursos o prácticas simbólicas, mediante los cuales se realizan estas demandas⁴⁹.

46 Hunt, *Politics, Culture, and Class*, 213.

47 Con esta idea, según Baker, Hunt va más allá de lo planteado por Furet, para quien la Revolución fue una ocasión en que el lenguaje ejerció poder en la sociedad. Para Hunt, ese poder siempre está presente. Baker, «El concepto de cultura...» 93.

48 Cabrera, «La investigación histórica,» 68.

49 Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century* (Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1990), 4-5. La traducción del párrafo es de la autora.

El autor ratifica esta tesis quince años después, y continúa defendiendo el que la autoridad política es una cuestión primordialmente lingüística, pues, de un lado, las funciones políticas son «definidas y asignadas» en el marco de un discurso y, de otro, el ejercicio de las funciones cumple una «función legitimadora» de las definiciones que contiene el discurso político⁵⁰. Por consiguiente, la propuesta metodológica que más se adapta a este enfoque lingüístico de la cultura política es uno de orden cultural-semiótico.

La necesidad de esta reafirmación en sus formulaciones radica en que estas han sido objeto de una importante cantidad de comentarios críticos, los cuales se han concentrado en resaltar el que la visión de Baker sobre la política se caracteriza por un determinismo y reduccionismo lingüístico y cultural⁵¹. Afirmaciones de Baker como «los agentes humanos encuentran su ser dentro del lenguaje; en esa medida están constreñidos por él [...]»⁵², han generado cuestionamientos por su «extrema» adopción del giro lingüístico por parte de la historia política y cultural, debido a las limitaciones que impone la «irreductibilidad de la experiencia al discurso»⁵³. Gran parte de esas críticas fueron desestimadas por Baker, quien asegura que algunos de sus críticos lo que buscan es retroceder la idea de cultura política a su concepción inicial en la ciencia política, y en la que aquella se limitaba a ser un campo de creencias y valores que se originaban en una serie de orientaciones sociopsicológicas. Aunque destaca que su «intención era situar la actividad discursiva en el amplio campo de las actividades simbólicas», reconoce que este propósito, que recogería al discurso en el marco de las

50 Baker, *Inventing the French Revolution*, 5 y Baker, «El concepto de cultura...» 94.

51 Las críticas provienen de reconocidos estudiosos de la Revolución Francesa y el campo político revolucionario como Margaret Somers, Robert Darnton, Timothy Tackett y Roger Chartier.

52 Jacobsen y Aljovín de Losada, «En pocas palabras...» 24. Estos autores recogen los fuertes comentarios de Emilia Viotti da Costa «[...] el resultado del paso de una posición teórica [el cientificismo marxista] a otra fue una inversión: simplemente pasamos de un reduccionismo a otro, del reduccionismo económico al cultural o lingüístico. A un tipo de reificación le opusimos otro. Ambos son igualmente insatisfactorios». Viotti da Costa, «New Publics.»

53 Baker, «El concepto de cultura...» 104.

actividades simbólicas, no fue abordado por él, pero sí por Hunt. El debate se ubicaría en los últimos años en la búsqueda de un camino intermedio entre las limitaciones de la acción de los individuos y la concepción de «lo social».

Tanto seguidores como detractores del empleo de la cultura política como concepto historiográfico han insistido en que su manejo no ha estado exento de problemas. Desde mediados de la década del setenta, algunos autores ya comentaban las dificultades que acarrea la cultura política como herramienta analítica⁵⁴. De hecho, en los últimos años los politólogos y sociólogos han recurrido a categorías menos controversiales y con menos implicaciones teóricas («códigos culturales», «símbolos políticos», «representaciones colectivas», entre otras) cuando estudian temas de orden sociopolítico. Una tendencia que se puede observar también es la de emplear la expresión *cultura*, sin adicionarle algún adjetivo⁵⁵. Más allá de los diferentes conflictos teóricos o metodológicos que se han presentado con el uso de la cultura política como concepto de la historia, el debate entre los historiadores se ha concentrado en sus debilidades como instrumento explicativo y el que, en muchas ocasiones, se le haya mantenido en una dimensión descriptiva, hecho que pondría en cuestión la gran notoriedad de la que ha gozado en las últimas décadas en la investigación histórica.

Autores como Cabrera reconocen que el concepto *cultura política* efectivamente sí se ha desarrollado a nivel teórico por parte de la historia –tal y como se evidenció en la sección anterior–, pero puntualiza que muchos historiadores han limitado su empleo a una esfera esencialmente descriptiva; en este sentido, no hay mayor reflexión sobre las implicaciones teóricas de la cultura política, ni cómo esta involucra una

54 Orest Ranum, *National Consciousness, History and Political Culture in Early-Modern Europe* (1975) 18. Citado por Margarita Garrido, *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815* (Bogotá: Banco de la República, 1993), 13. El título original de la tesis doctoral de Garrido, que da origen a este libro, es «The Political Culture of New Granada, 1770-1815».

55 Morán, «el concepto de *cultura política*» 88-89.

«conceptualización de los hechos de la vida política»⁵⁶. Sobre este punto, Ronald P. Formisano señala que gran parte de la popularidad del concepto de cultura política puede radicar en su indeterminación y vaguedad, razón por la que muchos historiadores lo utilizan como un concepto «paraguas»⁵⁷. Esta propensión al uso irreflexivo del concepto se debe también a la ausencia de claridad sobre su trayectoria y su evolución teórica, lo que ha facilitado que de forma indiscriminada se le emplee para nominar una realidad histórica o como sinónimo de categorías propias de la historia política tradicional («ideas políticas», «ideología», «tradición política», «programa político», etc.). En definitiva, el restringir la categoría cultura política en una dimensión meramente descriptiva no redundaría en algún tipo de innovación historiográfica.

A pesar de su contundencia, los comentarios anteriores dejan entrever los «correctivos» que la investigación histórica sobre la cultura política podría tomar para superar las limitaciones que conlleva su uso como una noción descriptiva. No obstante, autores como Alan Knight cuestionan en todo nivel la acogida que la historia brindó a la cultura política, ya que su ingreso al ámbito de la investigación histórica ha fomentado la tendencia de los historiadores a la laxitud en relación con los conceptos y marcos teóricos que emplean⁵⁸. Incluso, se pregunta si realmente vale la pena reflexionar sobre la cultura política, un concepto que según él resulta inútil al pretender recoger todo y no excluir nada.

Los cuestionamientos de Knight son más amplios, ya que cobijan a la propia historia cultural y su «afán imperialista» al pretender convertir en su objeto de estudio todas las

56 Aquí Cabrera recoge la expresión de Stephen Welch, *The Concept of Political Culture* (1993). Cabrera, «La investigación histórica,» 56.

57 Ronald P. Formisano, «The Concept of Political Culture,» *Journal of Interdisciplinary History* 31, n° 3 (2001): 394.

58 Es claro entonces que para Knight la imprecisión semántica y los fallos metodológicos de la cultura política como concepto son más responsables de la historia que de la ciencia política. Alan Knight, «Encuestas, cultura política y democracia: una mirada histórica herética,» en *Visiones ciudadanas de la democracia en América Latina*, coord. Roderic Ai Camp (México: Siglo XXI, 2007), 317.

actividades humanas, que de por sí se consideran como «culturales». Según el parecer de este autor, la cultura política goza de mayor claridad conceptual en la visión politológica, mientras que la pretensión de la historia de recoger en un solo concepto aspectos como las actitudes subyacentes, la conducta concreta, y el marco dentro del cual se da tal comportamiento, aunque sea «semánticamente válida», le confieren un carácter nebuloso. Es aún más contundente al señalar que la cultura política, en el mejor de los casos, tiene un carácter descriptivo, pero que generalmente podría considerársele como una especie de «taquigrafía», en la que «la tendencia a comportarse» de un grupo de formas autoritarias, democráticas, corruptas o violentas se abrevia declarando que ese grupo tiene «una cultura política» autoritaria, democrática, corrupta o violenta. De hecho, para Knight «esta taquigrafía puede ser inofensiva e incluso útil en algunas oportunidades», ya que la ‘cultura política’ no puede hacer mucho daño mientras se la use en forma *puramente descriptiva*.⁵⁹

Los argumentos de Knight cobran especial relevancia cuando profundiza sobre la cuestión de la cultura. Aunque reconoce que un patrón de actos recurrentes que deriva en un patrón de comportamientos recurrentes puede considerarse descriptivamente como una cultura, esta debe evidenciar dos condiciones: *durabilidad* y *prominencia*, las que permitirían diferenciar una cultura de un hecho aislado. Para él, muchas de las afirmaciones realizadas sobre cultura política omiten dichas condiciones, por lo que se puede identificar una tendencia a sobrevalorar acontecimientos puntuales o transitorios o que tienen una relevancia mínima para la mayoría de los integrantes de una sociedad. Esto se hace aún más complejo cuando se hace referencia a identidades o «culturas políticas» regionales o locales, ya que en muchos estas gozan de mayor prominencia que las nacionales⁶⁰.

59 Alan Knight, «¿Vale la pena reflexionar sobre la cultura política?», en *Cultura política en los Andes: (1750-1950)*. 1ª ed. en inglés 2005, ed. Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (Lima: Fondo Editorial UNMSM / Instituto Francés de estudios Andinos, 2007), 42, 43 y 46. Énfasis del autor.

60 «Cuanto mayores sean las variantes político-culturales en los niveles inferiores, tanto más difícil será aceptar la noción de una cultura política prominente y

Para enfatizar su evaluación negativa a la cultura política como concepto explicativo, Knight se pregunta si los comportamientos que se le atribuyen a las «inclinaciones subyacentes» o las «propensiones subjetivas» podrían estar relacionados con el ámbito más tradicional de las *coyunturas históricas* y los *intereses*⁶¹. Estos últimos, en contraposición al planteamiento de los «culturalistas», según Knight se deben entender como ventajas económicas y relaciones de poder (incluyendo las de clase), y generalmente logran explicar por qué un individuo o grupo actúan de una manera u otra. A pesar de que reconoce «que pueden haber casos en los cuales los lazos culturales afectivos triunfan sobre los intereses materiales», debido a que «ciertas lealtades duraderas y prominentes no pueden reducirse a intereses»⁶², sus concesiones al «culturalismo» llegan hasta allí porque los casos en que esto ocurre son escasos, más si se pretende hallar ejemplos en sociedades ya distantes en el tiempo.

El recuento de algunos de los reparos que se han planteado al uso extendido de la cultura política en la historiografía tuvo como principal propósito completar la reflexión sobre el proceso de adaptación de la cultura política por parte de la investigación histórica, con lo que se pudo evidenciar que dicho proceso no ha repercutido en un consenso entre la comunidad de historiadores. Lo que resulta inevitable es reconocer el impacto de la cultura política en la investigación histórica y la forma en que contribuyó a abrir nuevos rumbos de indagación para la historia política desde el enfoque cultural, aunque esto le haya representado ver reducida su «consistencia» teórica para adaptarse a los requerimientos pragmáticos de la investigación histórica⁶³.

significativa en el nivel superior». Knight, «¿Vale la pena reflexionar...» 48.

61 Knight, «Encuestas, cultura política...» 329.

62 Knight, «¿Vale la pena reflexionar...» 54 y 55.

63 Nils Jacobsen y Cristóbal Aljovín de Losada responden los comentarios críticos de Alan Knight destacando la necesidad de una «perspectiva pragmática» de la cultura política que «complementa el análisis de la causa-efecto no culturalista». «Cómo los intereses y los valores difícilmente están separados, o la utilidad de una perspectiva pragmática de la cultura política», En *Cultura política en los Andes...* 83.

4. La cultura política y el estudio histórico de la democracia en América Latina

La cultura política, como concepto historiográfico, encajó fácilmente con las inquietudes de la investigación histórica en América Latina en las últimas décadas. El retorno a los sistemas democráticos en muchos países que estaban bajo el yugo de dictaduras, los nuevos aires de la movilización social y la acentuación de la conflictividad política en la región, todo ello en el marco de los embates del neoliberalismo, contribuyeron a forjar la perspectiva con la cual los historiadores observaron el pasado y a definir en qué aspectos de la realidad histórica se enfocarían.

Con respecto a los cambios en el contexto histórico que se relacionaron con las dinámicas de la historiografía, es importante destacar la preocupación global que se gestó alrededor del tema de la democracia a finales del siglo XX, especialmente en el periodo posterior a la caída de los regímenes socialistas. Muchos autores coincidieron en que a pesar de que la democracia se podría considerar triunfante al convertirse en el tipo ideal de régimen político al que apuntaban la mayoría de las sociedades, ese triunfo era realmente aparente. La democracia, entendida como «poder popular»⁶⁴ o como «la puesta en práctica de la soberanía del pueblo»⁶⁵, no parecía ser la realidad de los regímenes políticos en ese periodo, incluso de aquellos que se declaraban formalmente como democráticos. Esto lo deja claro Alain Touraine al dudar de la victoria de la democracia: «no puede hablarse de democracia si los electores solo pueden optar entre dos facciones de la oligarquía, del ejército o del aparato del Estado»⁶⁶. Aunque el término democracia generalmente hace referencia a una entidad política, a una forma de Estado

64 Giovanni Sartori, *¿Qué es la democracia?* 1ª ed. en italiano 1993 (Bogotá: Altamir Ediciones, 1994), 13.

65 Pierre Rosanvallon, *La democracia inconclusa. Historia de la soberanía del pueblo en Francia*. 1ª ed. en francés (Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Taurus, 2006), 11.

66 Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?* 1ª ed. en francés 1997 (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 15.

y a un sistema de gobierno, los problemas contemporáneos han puesto sobre el tapete la cuestión de la «democracia social» y «democracia económica», lo que ha hecho mucho más problemático la definición del concepto⁶⁷.

Observar la democracia en perspectiva histórica, según Charles Tilly, requiere del examen de los *repertorios de contienda* (guerras civiles, elecciones, movimientos sociales, por ejemplo), así como su prevalencia y alteraciones, ya que estos permitirían reconocer si un régimen es democrático o no democrático⁶⁸. En palabras de Pierre Rosanvallon, el estudio histórico de democracia es «la historia de un desencanto y la historia de una indeterminación»⁶⁹. El sentido otorgado a aspectos de la modernidad política puede incrementar la sensación de incertidumbre del historiador, y esto se debe a la forma en que se conciben cuestiones como la representación política o la soberanía del pueblo, conceptos que pueden hacer referencia a un amplio poder popular activo o a una forma restrictiva en que se le otorga el poder a una minoría. Estas preocupaciones son ciertamente alimentadas por los retos que enfrenta la democracia en el presente: disminución de la participación política, falta de confianza de los electores, debilitamiento de la conciencia ciudadana, incremento de la corrupción; esto es, en general, una crisis de la representación política⁷⁰. De hecho, la cuestión de la representación política se convirtió en uno de los principales problemas teóricos de la historia de la democracia⁷¹.

En América Latina la investigación histórica de la democracia se conecta directamente con los procesos de democratización, los que exigían una redefinición de lo que

67 Sartori, *¿Qué es la democracia?* 13 y 15.

68 Charles Tilly, *Democracia*, 1ª ed. en inglés 2007 (Madrid: Akal, 2010), 29.

69 Rosanvallon, *La democracia inconclusa...* 12.

70 Touraine, *¿Qué es la democracia?* 16.

71 Según Oscar Landi, esto se puede resumir en los siguientes interrogantes: «¿qué es representable?, ¿qué es representación política?, ¿qué representan los representantes?» Oscar Landi, «La trama cultural de la política,» en *Cultura política y democratización*, comp. Norbert Lechner (Santiago: FLACSO / CLACSO / ICI, 1987), 39.

se entendía por política. Para Norbert Lechner la tarea no era exclusivamente analizar «la(s) cultura(s) política(s), si no de *crear* una cultura política democrática»⁷². Para tal fin, se debían buscar nuevas maneras de hacer y concebir la política, en consonancia con el contexto sociopolítico internacional en que se desarrolla lo que él llama la «cultura posmoderna», cuya configuración se basa en el desencanto actual de las izquierdas y el «énfasis en las subjetividades»⁷³. Es en este punto que se esperaba un aporte de los estudiosos de la cultura política de diversas disciplinas, ya que el proyecto que se planteaba no era exclusivamente reflexionar sobre la cultura política (democrática), sino contribuir con su afianzamiento en el contexto de la renovación política de América Latina a finales del siglo XX.

No obstante, algunos autores⁷⁴ señalaban que la renovación que se había dado en el campo de los estudios sobre cultura política no necesariamente había llevado a un cambio en la visión de la política, motivo por el cual la atención de los analistas se seguía concentrando en las instituciones y su estabilidad, los partidos políticos y su confrontación en las elecciones, el sistema político y la gobernabilidad. En tanto, el papel asignado a los movimientos sociales, las asociaciones cívicas y, en general, al plano cultural en el proceso de consolidación de la democracia era bastante marginal frente a la importancia concedida a la institucionalización de la política⁷⁵. Tampoco era evidente una renovación en los instrumentos metodológicos, especialmente en los estudios politológicos, ya que se seguía optando por aquellos que se habían aplicado décadas atrás para el estudio de otros

72 Norbert Lechner, «La democratización en el contexto de una cultura postmoderna», En *Cultura política y democratización* 253.

73 Lechner, «La democratización en el contexto...» 254-255.

74 Sonia E. Álvarez; Arturo Escobar y Evelina Dagnino, «Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos.» en *Política cultural [y] cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, 1ª ed. en inglés 1998 (Madrid: Taurus / Icanh, 2001), 35.

75 Álvarez, Escobar y Dagnino, «Lo cultural y lo político.» 35.

contextos y que habían demostrado sus limitaciones, como es el caso de las encuestas⁷⁶.

Por su parte, la historiografía cultural de la política latinoamericana se vio fuertemente influenciada por la obra de François-Xavier Guerra. Sus aportes sobre la formación y el funcionamiento de la política –con sus actores y sus espacios – a ambos lados del Atlántico en el periodo de la Independencia fueron fundamentales en la renovación de la investigación histórica de la política. Guerra demostró que la modernidad política no se gestó en contraposición a la premodernidad, sino que, por el contrario, surgió de ella misma, al tiempo que el proceso de consolidación se dio en el marco de una serie de tradiciones políticas que eran compartidas por los habitantes de la Península y de las colonias americanas⁷⁷.

Guerra no utilizó en forma explícita la noción de cultura política. No obstante, es claro que su enfoque coincide con los principales objetos de análisis de la cultura política como concepto historiográfico. Por tal razón, es posible observar en enunciados como «política antigua», «política moderna», «comportamientos públicos», «comportamientos tradicionales», «imaginario político moderno» o «cultura democrática moderna» una clara conexión entre los intereses investigativos de Guerra y los contenidos mismos de la cultura política. De igual importancia es la introducción de nuevas temáticas de investigación, que demuestran la preocupación del autor por asuntos poco explorados en la historiografía política tradicional o que requerían de una importante revisión. En este punto se destaca la atención que le confiere Guerra al problema de los actores políticos, los mecanismos propios de la modernidad política y la formación de los espacios públicos⁷⁸.

76 Es el caso de la obra *Visiones ciudadanas de la democracia en América Latina*, coord. Roderic Ai Camp. (México: Siglo XXI, 2007).

77 Marta Elena Casaús Arzú y Patricia Arroyo Calderón, «El tiempo de la Cultura Política en América Latina: Una revisión historiográfica.» en *Culturas políticas: teoría e historia*, eds. Manuel Pérez Ledesma y María Sierra (Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» (CSIC) / Excma. Diputación de Zaragoza, 2010), 142.

78 Solo se citarán tres trabajos como una pequeña muestra del gigantesco aporte de Guerra a la renovación historiográfica de la política. Se destacan porque de allí

La rápida acogida que van a brindar los historiadores a la categoría *cultura política* se acoplaba a la revisión historiográfica que impulsó Guerra de la historia política tradicional. Esta se encontraba muy entrelazada con dos tradiciones: de un lado, las historias patrias de exaltación de los héroes forjadores de las naciones latinoamericanas; por el otro, el ensayo latinoamericano, cultivado por una gran cantidad de intelectuales de diversos orígenes ideológicos. Estas dos tradiciones se mostraban bastante alejadas de lo que se comprende por cultura política; por ejemplo, su visión de estos dos elementos (la cultura y la política) se caracterizaba por ser individualista y elitista, además de que desestimaban la dimensión cultural al considerar que no cumplía ninguna función en la vida política⁷⁹.

Sin embargo, la historiografía de la cultura política se enfrentaba también a la idea consolidada por la corriente de la historia económica y social de que en América Latina «el liberalismo no cumplió y que por ese motivo fue un fracaso»⁸⁰, motivo por el cual el proceso de instauración de las democracias y de los sistemas representativos también habría sido escasamente exitoso. En esta medida, el grado de democratización de las sociedades latinoamericanas sería muy precario si se le compara con el de las sociedades europeas y norteamericana, lo que explicaría porqué fenómenos como el caudillismo, el fraude electoral, las guerras civiles y las dictaduras hacen parte de la cotidianidad política de los países al sur del río Grande. A pesar de que los estudiosos de la cultura política desde la historia han procurado rebatir estos

fueron extraídos los enunciados que evidencian una concordancia con los contenidos de la *cultura política*. François-Xavier Guerra, «Hacia una nueva historia política: actores sociales y actores políticos,» en *Figuras de la modernidad. Hispanoamérica siglos XIX-XX*, comps. Annick Lempérière y Georges Lomné (Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Cooperación Regional para los Países Andinos / IFEA / Taurus, 2012), 19-39; «Los orígenes socioculturales del caciquismo,» en *Figuras de la modernidad...* 85-106; y con Annick Lempérière, Introducción a *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, eds. François Xavier Guerra y Annick Lempérière (México: Fondo de Cultura Económica, 1998), 5-21.

79 Casaús Arzú y Arroyo Calderón, «El tiempo de la Cultura Política,» 136 y 137.

80 Antonio Annino, «Votar en el siglo XIX,» en *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Taurus, 2014), 95.

planteamientos, algunos estudios de cultura política de la escuela politológica norteamericana continúan explicando los problemas políticos contemporáneos, acudiendo al argumento de las deficiencias en la instauración de la democracia liberal en la región⁸¹.

Sin duda, una de las influencias más importantes para los historiadores de la democracia en América Latina en los albores del siglo XXI es la obra de Pierre Rosanvallon, producto de su interés por comprender lo que se ha denominado como el «modelo francés», teniendo en cuenta que a partir de sus principales rasgos y realizaciones se han estudiado los sistemas democráticos occidentales. Su principal motivación ha sido la de derrumbar la dicotomía que se ha establecido entre la realidad y la representación del modelo político francés, al considerar separadamente, por un lado, las instituciones, los discursos, la función pedagógica del Estado y la centralización política, y por el otro, la movilización social, el funcionamiento de las instituciones, los actores, sus acuerdos y desacuerdos. Para cumplir este propósito, según Rosanvallon, es fundamental abandonar la interpretación del conjunto del proceso revolucionario únicamente a partir de una de sus corrientes (el jacobinismo), para lo cual propone el concepto de *cultura política* de la generalidad: «mientras que la referencia habitual al jacobinismo tiende por construcción a tornar excepcional y particular el caso francés, la remisión a una cultura política de la generalidad lo relocaliza en el campo más amplio y elaborado de la modernidad democrática»⁸².

No obstante, el enfoque integrador de la cultura política propuesto por Rosanvallon no se ha extendido completamente a la historiografía latinoamericana que estudia la democracia, toda vez que esta se encuentra disgregada entre tres líneas temáticas: la soberanía, la ciudadanía y las sociabilidades. Pese a esta disgregación, las tres materias son aspectos poco

81 Casaús Arzú y Arroyo Calderón, «El tiempo de la Cultura Política,» 136.

82 Pierre Rosanvallon, *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días*, 1ª ed. en francés 2004 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 15.

estudiados por la historia política tradicional. Precisamente la indagación sobre estos fenómenos nebulosos de la política latinoamericana permitieron cuestionar supuestos teóricos muy extendidos y aceptados como el de Thomas H. Marshall, referente tradicional para explicar la expansión de los derechos civiles, políticos y sociales como etapas que se suceden gradualmente una tras otra. Efectivamente, fue posible demostrar que a diferencia de lo que plantea este modelo, en las sociedades latinoamericanas se presentó una expansión amplia y temprana de los derechos políticos, para luego pasar a un periodo (desde las dos últimas décadas del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX) de restricción de estos derechos y cierre de los espacios democráticos⁸³.

El proceso de instalación de los regímenes democráticos y los sistemas representativos se explica entonces a partir de la paulatina consolidación de una cultura política liberal moderna, en contraposición a los valores, instituciones y dinámicas de la cultura política de la época premoderna⁸⁴. En las comunidades políticas regidas por los parámetros de la modernidad es posible observar la competencia de los diferentes grupos sociales para conservar su posición o para convertirse en parte de sus integrantes; esto condujo a que amplios sectores de la población fueran incluidos o excluidos de la política durante los siglos XIX y XX⁸⁵. Esta situación podría interpretarse como la causa de desajustes en la política y la democracia de las sociedades latinoamericanas, lo que se ha planteado anteriormente como una especie de mito que la historiografía renovada ha procurado desmontar.

83 Hilda Sabato, Introducción a *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*, 1ª ed. 1999, coord. Hilda Sabato (México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas, 2003), 20 y 21.

84 Marcello Carmagnani y Riccardo Forte, «Cultura política liberal y nuevo orden,» en *Tradicón y modernidad en la historia de la cultura política: España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*, coords. Riccardo Forte y Natalia Silva Prada (México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa / Juan Pablos, 2009), 149.

85 Casaús Arzú y Arroyo Calderón, «El tiempo de la Cultura Política,» 159.

Elías Palti recientemente ha señalado que esos mitos sobre las democracias latinoamericanas y su cultura política «son, no obstante, reales en tanto que tales. Más allá de que sean ciertas o no en cuanto a sus contenidos, son siempre verdaderos, tienen repercusiones concretas en la realidad, condicionando el accionar de los actores»⁸⁶. Esta afirmación permite vislumbrar la gestación de un replanteamiento historiográfico de los postulados de la renovación de la historia cultural política; se trata de la *historia de los lenguajes políticos*⁸⁷. Palti, como uno de los principales animadores de este cambio de enfoque de la historia política, cuestiona con contundencia el determinismo cultural que se identifica con ciertos planteamientos sobre la cultura y la política, alineándose de esta forma con las reservas de Knight sobre la cultura política y sus interpretaciones, a las que considera tautológicas. En este sentido, Palti se proclama como revisionista del revisionismo⁸⁸.

¿Los reparos de Palti a las interpretaciones culturales sobre la política han posibilitado un nuevo giro historiográfico en el estudio de la cultura política democrática? ¿Se podría entrever un posible desinterés por el concepto cultura política debido a sus propias limitaciones? Infortunadamente este artículo no puede dar respuesta a estos interrogantes, pues no se encontró evidencia que sugiriera que esta nueva revisión ya haya producido resultados, específicamente en el campo de estudio de la democracia y la representación política.

Una excepción la constituyen los resultados hasta ahora publicados por el Proyecto Iberoamericano de Historia Conceptual –Iberconceptos–, y en los que se destacan los dos tomos del *Diccionario político y social del mundo Iberoamericano*. El diccionario es concebido como una «historia atlántica de los conceptos políticos», y es producto de la renovación de la historiografía política, especialmente de la más preocupada por

86 Elías José Palti, «La cultura política latinoamericana como problema,» en *Mito y realidad de la «cultura política latinoamericana»* (Buenos Aires: Prometeo, 2011), 15.

87 Palti aclara que los lenguajes políticos no son «un conjunto de ideas y conceptos, sino un modo característico de producirlos». Elías J. Palti, *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007), 17.

88 Palti, «La cultura política...» 13.

la esfera del lenguaje, y cuyos desarrollos están estrechamente ligados a la historia de los conceptos de Reinhart Koselleck. Este enfoque plantea una relación dialéctica entre el lenguaje y las experiencias, donde el historiador debe seguir las huellas que ha dejado la experiencia en el lenguaje y reconocer la forma en que los actores políticos dispusieron de los conceptos para construir y desenvolverse en la realidad, ya que «solo lo que ha sido previamente conceptualizado es visible e inteligible para los actores»⁸⁹. El seguimiento a la trayectoria histórica (desde mediados del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX) de conceptos tales como ciudadano, vecino, constitución, federalismo, liberalismo, nación, opinión pública, pueblo, república, civilización, democracia, Estado, independencia, entre otros, recoge los aportes de un gran número de historiadores latinoamericanos que pretende superar, según el director del proyecto Javier Fernández Sebastián, la dicotomía tradicional entre la historia de la acción política y la historia de las ideas y del pensamiento político.

La dimensión del proyecto de Iberconceptos en términos intelectuales y materiales (más de mil páginas por volumen) no permite que aquí se pueda realizar un balance completo del mismo; sin embargo, es importante señalar que Iberconceptos sí ha trazado una nueva senda para la historiografía de la democracia y de la representación política latinoamericana, claro está, con un marcado énfasis en la dimensión lingüística de la política. Y aunque no aparezca de forma explícita el concepto «cultura política» como categoría orientadora del proyecto, es evidente la existencia de una conexión entre su énfasis en la dimensión lingüística y la trayectoria de la cultura política en la historiografía de las últimas décadas.

No obstante, la senda de la historia conceptual no es la única que ha seguido la historiografía de la democracia en América Latina en años recientes, toda vez que esta se ha

⁸⁹ Javier Fernández Sebastián, director. *Diccionario político y social del mundo Iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]* (Madrid: Fundación Carolina / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), 27.

enriquecido con los aportes de reconocidos estudiosos de la corriente institucionalista en la historia económica, quienes manifiestan inquietudes por la relación entre variables como el crecimiento económico, la inequidad y la democratización de las sociedades occidentales. Por ejemplo, Daron Acemoglu y James A. Robinson plantean la teoría de que la extensión del sufragio es promovida por las élites como un mecanismo para evitar la conflictividad social e, incluso, la revolución; de esta manera, la política de ampliación de los derechos políticos conduciría a unas mayores tasas de redistribución, es decir, de disminución de la desigualdad⁹⁰. Igualmente, Stanley L. Engerman y Kenneth L. Sokoloff profundizan en el desarrollo histórico del sufragio como institución y su nexa con la «distribución de la influencia política», durante casi toda la historia republicana de América Latina y los Estados Unidos. El análisis de la correlación entre los atributos de las instituciones electorales, las tasas de participación en los comicios, los requisitos para el sufragio, la distribución del ingreso y las tasas de alfabetización del continente les permite concluir a los investigadores que a mayor desigualdad en una sociedad menor era la cantidad de población que tenía derecho al voto. Así logran demostrar que «el registro de sufragio en las Américas pone de relieve una serie de cuestiones fundamentales sobre la evolución de las instituciones políticas»⁹¹. Este énfasis institucional se complementa con una nueva tendencia que provendrá de la ciencia política para abordar históricamente el estudio de los procesos de democratización⁹².

Las lecturas institucionalistas marcan una distancia considerable con los desarrollos de la historiografía de la cultura política, y en muchos casos no se ha manifestado un interés por

90 Daron Acemoglu and James A. Robinson, «Why Did the West Extend the Franchise? Democracy, Inequality, and Growth in Historical Perspective,» *The Quarterly Journal of Economics*, n° 115 (2000): 1167-1199.

91 Stanley L. Engerman and Kenneth L. Sokoloff, «The Evolution of Suffrage Institutions in the New World», Working Paper 8512 (Cambridge: National Bureau of Economic Research, 2007) 24. Disponible en: <http://www.nber.org/papers/w8512.pdf>

92 Ver por ejemplo: Giovanni Capoccia and Daniel Ziblatt, «The Historical Turn in Democratization Studies: A New Research Agenda for Europe and Beyond» *Comparative Political Studies*, n° 43 (2010): 931-968.

establecer un diálogo entre los diversos enfoques. En tanto, la historiografía política sobre la democracia avanza sin que necesariamente se hagan alusiones explícitas a la noción de cultura política, lo que no significa que hayan desaparecido las inquietudes sobre el vínculo entre política y cultura, aunque con cierta tendencia a interesarse más por la «realidad» del funcionamiento de la democracia. En el caso de Colombia, en los últimos años se han publicado un par de investigaciones que avanzan a un nivel más analítico sobre la cuestión de la democracia en Colombia, sin que descuiden el componente empírico de la investigación histórica. Isidro Vanegas publica en 2010 un grupo de estudios que, aunque abordan temáticas y periodos diferentes, tienen como objetivo principal combatir el estereotipo de la democracia colombiana como ficticia, anómala, violenta o, en el mejor de los casos, como un fracaso. Para el autor, la «reticencia a vindicar la democracia no deja por lo demás de constituir una forma de desprecio de los enormes esfuerzos y contribuciones que han hecho los marginados, los pobres, los de abajo, a la democracia, luchando con varia suerte para ampliar los derechos y las libertades»⁹³. En contraste, la obra reciente de Francisco Sanín insiste en el cuestionamiento a la incoherencia de la democracia colombiana, que a pesar de que ha mantenido altos niveles de competencia y una relativa estabilidad, no ha estado en capacidad de impedir la continuidad de elevados niveles de violencia. En esta lectura, el abordaje histórico está supeditado a la búsqueda de explicaciones sobre las circunstancias más contemporáneas de represión y centrismo⁹⁴. De esta forma, el debate entre estas dos lecturas democracia colombiana está abierto.

5. Conclusiones

En una perspectiva amplia, la cultura política como categoría para el campo de investigación de democracia latinoamericana ha sido pocas veces empleada de forma explícita y sistemática.

93 Isidro Vanegas Useche, *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010), 15.

94 Francisco Gutiérrez, *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)* (Bogotá: Iepri / Debate, 2010), 86-117.

En realidad, aparece más para describir la esfera ideológica que acompaña la instalación de las instituciones y sistemas políticos propios del liberalismo, que como una perspectiva teórica sobre la historia de la política latinoamericana. Con esto no se quiere expresar que la cultura política como concepto no haya servido como herramienta de análisis, pero sus alcances explicativos se ven mermados en la medida en que su uso no es tan frecuente y que cuando se emplea se hace con fines descriptivos. Esto revela el que generalmente su mención está acompañada de adjetivos como «moderna», «premoderna», «democrática», «republicana», «liberal», etcétera. También, por estas restricciones, el concepto tiene poca disposición para dar relevancia a la existencia de particularidades en cuanto a las culturas políticas regionales y locales.

El artículo trató de poner en evidencia la compleja trayectoria que recorrió el concepto *cultura política* desde su origen en la ciencia política hasta su consolidación como una categoría historiográfica de primer orden en las dos últimas décadas. Como pudo observarse, ese tránsito epistemológico y disciplinar transformó el concepto y lo fue moldeando de acuerdo a las necesidades de una disciplina histórica que buscaba «refrescarse» a través de retomar su vínculo con la dimensión cultural. Del énfasis que ponía la ciencia política en las orientaciones sociopsicológicas de los individuos y en cómo se veían aquellas reflejadas en su comportamiento político, se pasó a una posición mucho más abierta en relación con lo que se entiende por cultura política en la historia, concebida más como un conjunto de valores, creencias y actitudes, y enfocada en explicar la acción humana en el ámbito de *lo político*.

No obstante, es evidente que esta ampliación del concepto que fomentó el «giro cultural» —que derivó en el entendimiento de la cultura política como discurso—, propició que su capacidad analítica se pusiera en duda. El ensayo no se propuso tomar partido en este debate, pero sí trató de arrojar algunas luces para demostrar la forma en que la cultura política fue utilizada historiográficamente para el estudio de un fenómeno especial de la política latinoamericana: el tema de la democracia. Sobre este punto se pudo resaltar que el uso implícito del concepto

dificultó establecer su nivel de aportación analítica, sin negar el importante estímulo que significó para el estudio histórico de la democracia la confluencia entre política y cultura en los últimos años.

Para finalizar, es importante subrayar que el adecuado empleo de las perspectivas teóricas en la historia depende, en gran medida, del conocimiento que el historiador tenga de los alcances de las diferentes teorías y conceptos en los campos de conocimiento en que estas surgen y cómo estas se van transformando en el tiempo. Al parecer, este no ha ocurrido con la asimilación por parte de la historiografía de la cultura política como concepto forjado y desarrollado a nivel teórico y metodológico por la ciencia política. Sin duda, ese reconocimiento podría fomentar un uso más sistemático de la cultura política como formulación teórica.

Bibliografía

Acemoglu, Daron and James A. Robinson. «Why Did the West Extend the Franchise? Democracy, Inequality, and Growth in Historical Perspective.» *The Quarterly Journal of Economics*, n° 115 (2000): 1167-1199.

Ai Camp, Roderic., coord. *Visiones ciudadanas de la democracia en América Latina*. México: Siglo XXI, 2007.

Almond, Gabriel A. «El estudio de la cultura política.» En *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. Gabriel Almond. 1ª ed. en inglés 1990. México: Colegio Nacional de Ciencias Políticas / Fondo de Cultura Económica, 1999.

_____. «Comparative Political Systems.» *The Journal of Politics* 18, n° 3 (1956): 391-409.

Almond, Gabriel A. and Sidney Verba. *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. 1ª ed. 1963. Newbury Park: Sage Publications, 1989.

Álvarez Sonia E., Arturo Escobar y Evelina Dagnino. «Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos.» En *Política cultural [y] cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. 1ª ed. en inglés 1998. 17-44. Madrid: Taurus / Icanh, 2001.

Annino, Antonio. «Votar en el siglo XIX.» En *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Taurus, 2014.

Asensio Soto, Miguel-Ángel. «Ciencia política y cultura política.» *Revista Española de la Opinión Pública*, n° 33 (1973): 111-128.

Baker, Keith Michael. *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*. Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1990.

_____. «El concepto de cultura política en la historiografía reciente sobre la Revolución Francesa.» *Ayer*, n° 62 (2006): 89-110.

Bolívar, Ingrid Johanna. «La interacción histórica entre política y cultura.» En *La historia política hoy: sus métodos y las ciencias sociales*, editado por César Augusto Ayala Diago, 361-385, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.

Bonnell Victoria E. and Lynn Hunt. Introduction to *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. 1-32. Los Angeles: Universidad de California, 1999.

Cabrera, Miguel Ángel. «La investigación histórica y el concepto de cultura política.» En *Culturas políticas: teoría e historia*, editado por Manuel Pérez Ledesma y María Sierra. 19-85. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» (CSIC) / Excma. Diputación de Zaragoza, 2010.

Capoccia, Giovanni and Daniel Ziblatt. «The Historical Turn in Democratization Studies: A New Research Agenda for Europe and Beyond.» *Comparative Political Studies*, n° 43 (2010): 931-968.

Carmagnani Marcello y Riccardo Forte. «Cultura política liberal y nuevo orden.» En *Tradición y modernidad en la historia de la cultura política: España e Hispanoamérica, siglos XVI-XX*,

coordinado por Riccardo Forte y Natalia Silva Prada, 147-158. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa / Juan Pablos, 2009.

Casaús Arzú, Marta Elena y Patricia Arroyo Calderón. «El tiempo de la Cultura Política en América Latina: Una revisión historiográfica.» En *Culturas políticas: teoría e historia*, editado por Manuel Pérez Ledesma y María Sierra, 133-201. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» (CSIC) / Excma. Diputación de Zaragoza, 2010.

Chilton, Stephen. «Defining Political Culture.» *The Western Political Quarterly* 41, n° 3 (1988): 419-445.

De Diego Romero, Javier. «El concepto de 'cultura política' en ciencia política y sus implicaciones para la historia.» *Ayer*, n° 61 (2006): 233-266.

Engerman, Stanley L. and Kenneth L. Sokoloff. «The Evolution of Suffrage Institutions in the New World.» Working Paper 8512. Cambridge: National Bureau of Economic Research, 2007. Disponible en: <http://www.nber.org/papers/w8512.pdf>

Fernández Sebastián, Javier., dir. *Diccionario político y social del mundo Iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconcepts-I]*. Madrid: Fundación Carolina / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

Formisano, Ronald P. «The Concept of Political Culture.» *Journal of Interdisciplinary History* 31, n° 3 (2001): 393-426.

Garrido, Margarita. *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*. Bogotá: Banco de la República, 1993.

González Bernaldo, Pilar. «Maurice Agulhon, un historiador de las mentalidades políticas.» En *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. 1ª ed. en francés 1977. Maurice Agulhon. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.

Guerra, François-Xavier. «Hacia una nueva historia política: actores sociales y actores políticos.» En *Figuras de la modernidad. Hispanoamérica siglos XIX-XX*, compilado por Annick

Lempérière y Georges Lomné. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Cooperación Regional para los Países Andinos / IFEA / Taurus, 2012. 19-39.

Guerra, François-Xavier y Annick Lempérière. Introducción a *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, editado por François Xavier Guerra y Annick Lempérière, 5-21. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

_____. «Los orígenes socioculturales del caciquismo.» En *Figuras de la modernidad. Hispanoamérica siglos XIX-XX*, compilado por Annick Lempérière y Georges Lomné, 85-106. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Cooperación Regional para los Países Andinos / IFEA / Taurus, 2012.

Gutiérrez, Francisco. *El orangután con sacoleva. Cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)*. Bogotá: Iepri / Debate, 2010.

Hunt, Lynn. *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*. 1th ed. 1984. Berkeley: University of California Press, 2004.

Jacobsen, Nils y Cristóbal Aljovín de Losada. «Cómo los intereses y los valores difícilmente están separados, o la utilidad de una perspectiva pragmática de la cultura política.» En *Cultura política en los Andes: (1750-1950)*. 1^a ed. en inglés 2005, editado por Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen, 81-93. Lima: Fondo Editorial UNMSM / Instituto Francés de estudios Andinos, 2007.

Jacobsen, Nils y Cristóbal Aljovín de Losada. «En pocas palabras y en muchas palabras: una perspectiva pragmáticas de las culturas políticas, en especial para la historia moderna de los Andes.» En *Cultura política en los Andes: (1750-1950)*. 1^a ed. en inglés 2005, editado por Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen, 13-40. Lima: Fondo Editorial UNMSM / Instituto Francés de estudios Andinos, 2007.

Jaimes Peñaloza, Sonia Milena. *Teatrocracia y legislación electoral colombiana 1886-1938. Un estudio sobre cultura política y democracia*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2012.

Knight, Alan. «¿Vale la pena reflexionar sobre la cultura política?». En *Cultura política en los Andes: (1750-1950)*. 1ª ed. en inglés 2005, editado por Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen, 41-80. Lima: Fondo Editorial UNMSM / Instituto Francés de estudios Andinos, 2007.

_____. «Encuestas, cultura política y democracia: una mirada histórica herética.» En *Visiones ciudadanas de la democracia en América Latina*, coordinado por Roderic Ai Camp, 317-346. México: Siglo XXI, 2007.

Landi, Oscar. «La trama cultural de la política.» En *Cultura política y democratización*, compilado por Norbert Lechner, 39-64. Santiago: FLACSO / CLACSO / ICI, 1987.

Lechner, Norbert. «La democratización en el contexto de una cultura postmoderna.» En *Cultura política y democratización*, compilado por Norbert Lechner. 253-262. Santiago: FLACSO / CLACSO / ICI, 1987.

_____. Presentación a *Cultura política y democratización*, compilado por Norbert Lechner, 7-14. Santiago: FLACSO / CLACSO / ICI, 1987.

Mejía Quintana, Óscar et al. «Cultura política, ciudadanía y democracia. Retos y perspectivas en la construcción de una democracia disputatoria en Colombia.» En *Serie Cuadernos de Ciencia Política*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, 2005.

Mendiola, Alfonso. «El giro historiográfico.» *Historia y Grafía*, n° 15 (2000): 181-208.

Morán, María Luz. «Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos,» en *Culturas políticas: teoría e historia*, eds. Manuel Pérez Ledesma y María Sierra Alonso. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 2010.

Nohlen, Dieter. *Ciencia política comparada. El enfoque histórico-empírico*. Bogotá: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Universidad del Rosario, 2014.

Palti, Elías José. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

_____. «La cultura política latinoamericana como problema.»
En *Mito y realidad de la «cultura política latinoamericana.»*
Buenos Aires: Prometeo, 2011.

Pineda Guadarrama, Juan de Dios. «Estudio introductorio.» En *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas.* Gabriel Almond. 1ª ed. en inglés 1990. México: Colegio Nacional de Ciencias Políticas / Fondo de Cultura Económica, 1999.

Rosanvallon, Pierre. *La democracia inconclusa. Historia de la soberanía del pueblo en Francia.* 1ª ed. en francés 2000. Bogotá: Universidad Externado de Colombia / Taurus, 2006.

_____. *Por una historia conceptual de lo político.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

_____. *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días.* 1ª ed. en francés 2004. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

Sabato, Hilda. Introducción a *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina.* 1ª ed. 1999, coordinado por Hilda Sabato, 11-29. México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas, 2003.

Sartori, Giovanni. *¿Qué es la democracia?* 1ª ed. en italiano 1993. Bogotá: Altamir Ediciones, 1994.

Sirinelli, Jean-François. «El retorno de lo político.» *Historia Contemporánea*, n° 9 (1993): 25-35.

Somers, Margaret R. «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos.» *Zona Abierta*, núms. 77-78 (1996): 31-94.

Tilly, Charles. *Democracia.* 1ª ed. en inglés 2007. Madrid: Akal, 2010.

Touraine, Alain *¿Qué es la democracia?* 1ª ed. en francés 1997. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Vanegas Useche, Isidro. *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2010.

Verba, Sidney. «El estudio de la ciencia política desde la cultura política.» *Revista de Estudios Políticos*, n° 138 (1964): 5-52.

Viotti da Costa, Emilia. «New Publics, New Politics, New Histories.» En *Reclaiming the Political in Latin American History*, editado por Gilbert M. Joseph, 17-31. Durham and London: Duke University Press, 2001.

Young C., Kim. «The Concept of Political Culture in Comparative Politics.» *The Journal of Politics* 26, n° 02 (1964): 313-336.

Citar este artículo:

Rodríguez Franco, Adriana. «Reflexiones sobre el concepto cultura política y la investigación histórica de la democracia en América Latina.» *Historia Y MEMORIA*, n° 14 (2017): 205-247. DOI: <http://dx.doi.org/10.19053/20275137.n14.2017.5820>